

Cisy; su necedad le había desarmado. Pero sus gestos, su figura, toda su persona, al recordarle la comida del café Inglés, le molestaba más y más; y escuchaba las observaciones desagradables que hacía á media voz el primo José, buen muchacho, sin fortuna, aficionado á la caza, y estudiante con plaza de gracia. Cisy, á manera de broma, le llamó «ladrón» muchas veces. De repente, dijo:

—¡Ah! el barón!

Entonces entró una persona de treinta años, que tenía algo de rudo en la fisonomía, de suelto en sus ademanes, con el sombrero en la oreja y una flor en el ojal. Aquel era el ideal del vizconde. Quedó éste encantado por su venida, y excitándole su presencia, hasta intentó un *quid pro quo*, pues dijo al pasar un gallo silvestre:

—Este el mejor de los caracteres del campo ó de la Bruyère.

A seguida dirigió al Sr. de Comaing multitud de preguntas sobre personas desconocidas para los demás, y por fin, como dominado por una idea, le dijo:

—¿Diga usted ha pensado usted en mí?

El otro se encogió de hombros.

—No tiene usted edad, niño mío, imposible.

Cisy le había rogado que le presentara en su Club. Pero el barón, apiadándose sin duda de su amor propio, añadió:

—¡Ah! se me olvidaba. Mil felicitaciones por la apuesta, querido.

—¿Qué apuesta?

—La que hizo usted en las carreras, de ir en en la misma noche casa de aquella señora.

Federico sintió como la sensación de un latigazo. Pero enseguida se calmó, al ver la fisonomía desconcertada de Cisy.

Con efecto, la Mariscala, desde el día siguiente, se arrepintió, cuando Arnoux, su primer amante, su hombre, se presentó aquella mañana.

Ambos habían hecho comprender al vizconde que «molestaba,» y lo habían despedido con pocos miramientos.

Así es que hizo como que no entendía. El barón agregó:

—¿Qué es de ella, de la valiente Rosa?... ¿Conserve siempre sus hermosas piernas? demostrando con estas palabras que la conocía íntimamente.

A Federico le contrarió el descubrimiento.

—No hay por qué ruborizarse—dijo el barón—es un bonito negocio.

Cisy chasqueó la lengua.

—¡Pché! no tan bonito.

—¡Ah!

—Dios mío, sí. En primer lugar, yo no le encuentro nada de extraordinario; y después, se

tienen semejantes cuantas se quieran, porque en fin... es de las que se venden.

—No á todo el mundo—contestó acremente Federico.

—¡Se cree diferente de los demás!—replicó Cisy—¡qué bromal!

Y la risa fué general en la mesa.

Federico sintió que le ahogaban los latidos de su corazón, y bebió dos vasos de agua seguidos. Pero el barón había conservado buen recuerdo de Rosanette.

—¿Sigue siempre con un tal Arnoux?

—No sé nada—contestó Cisy.—No conozco á ese señor.

Añadió, sin embargo, que era una especie de petardista.

—Un momento—gritó Federico.

—Con todo, la cosa es cierta. Hasta ha tenido un proceso.

—Eso no es verdad.

Federico se puso á defender á Arnoux. Él garantizaba su probidad, acabó por creer en ella, inventaba cifras, pruebas. El vizconde, lleno de rencor, y que además estaba ébrio, se empeñó en sus afirmaciones, tanto, que Federico le preguntó seriamente:

—¿Lo hace usted para ofenderme; caballero?

Y lo miraba con las pupilas ardientes como su cigarro.

—¡Oh, no, de ningún modo; hasta le concedo á usted que tiene algo bueno: su mujer.

—¿La conoce usted?

—¡Pardiez! todo el mundo conoce á Sofía Arnoux.

—¿Dice usted?..

Cisy, que se había levantado, replicó balbuceando:

—Todo el mundo conoce eso.

—¡Cállese usted, no son esas las que usted visita.

—Me felicito de ello.

Federico le tiró á la cara su plato, que pasó por encima de la mesa, derribó dos botellas, rompió una compotera, y haciéndose añicos contra el centro, que quebró en tres pedazos, dió en el vientre del vizconde.

Todos se levantaron para contenerle. Él luchaba gritando, presa de una especie de frenesí; el Sr. de los Aulnays repetía:

—Cálmense, vamos, querido niño.

—Pero esto es espantoso—vociferaba el preceptor.

Forchambeaux, lívido como las ciruelas, temblaba: José reía á carcajadas; los mozos secaban el vino y recogían del suelo los restos, y el barón fué á cerrar la ventana, porque el ruido, á pesar del que hacían los coches, hubiera podido oírse desde el bulevar.

Como todo el mundo en el momento de ser lanzado el plato, hablaba á la vez, fué imposible descubrir la causa de aquella ofensa, si era por Arnoux, por la señora de Arnoux, por Rosanette ó por otra persona.

Lo único cierto era la incalificable brutalidad de Federico, que positivamente rehusó el manifestarse pesaroso de haberla cometido.

El señor de los Aulnays procuró dulcificarlo, el primo José, el Preceptor, el mismo Forchambeaux. Durante este tiempo el barón confesaba á Cisy que, cediendo á una debilidad nerviosa, derramaba lágrimas. Federico, por el contrario, se irritaba más cada vez, y así se hubieran estado hasta por la mañana si el barón no hubiera dicho para terminar:

—Caballero, el vizconde enviará á su casa de usted mañana los padrinos.

—¿Hora?

—A medio día si le parece á usted bien.

—Perfectamente, caballero.

Federico, una vez fuera, respiró á pulmones llenos. Hacía mucho tiempo que contenía su corazón. Acababa por fin de satisfacerle; experimentaba cierto orgullo de virilidad, una superabundancia de fuerzas íntimas que le embriagaban. Necesitaba de dos padrinos. El primero en quien pensó fué en Regimbart, dirigiéndose inmediatamente hacia un café de la calle de

San Dionisio. La delantera estaba cerrada; pero brillaba luz en los cristales de encima de la puerta. Abrióse ésta y entró, encorvándose mucho.

Una vela de sebo, en el borde del mostrador, alumbraba la sala desierta. Todos los taburetes, con las patas al aire, estaban colocados encima de las mesas. El dueño y la dueña con un mozo cenaban en el ángulo de cerca de la cocina; y Regimbart, con el sombrero puesto, participaba de la comida, y aun molestaba al mozo, que á cada bocado se veía obligado á volverse un poco de lado. Federico le contó la cosa brevemente y reclamó su ayuda. El ciudadano empezó por no contestar nada; movía los ojos con aire de reflexionar; dió bastantes vueltas por la sala, y dijo por último:

—Sí, con mucho gusto.

Y una sonrisa homicida desarrugó su ceño, al saber que era un noble el adversario.

—Le haremos andar deprisa, tranquilícese usted. En primer lugar... con la espada...

—Es que quizás—objetó Federico—no tenga yo el derecho...

—¡Yo le digo á usted que es preciso escoger la espada!—replicó brutalmente el ciudadano.

—¿Sabe usted tirar?

—Un poco.

—¡Ah, un poco! Vea usted cómo son todos.

Y sienten la rabia de dar asalto. ¿Qué prueba la sala de armas? Escúcheme usted: manténgase usted bien á distancia encerrándose siempre en círculos, y rompa usted, rompa usted. Eso está permitido. Cánsele usted; después á fondo sobre él francamente. Y sobre todo, fuera malicia; nada de golpes á La Fougère, no; simples, uno, dos, librar la espada, ponerla en disposición de dominar la del adversario. ¿Vé usted? Volviendo el puño como para abrir una cerradura. Tío Bautier, déme usted su bastón. ¡Ah! Esto basta.

Y empuñó la barrilla que servía para encender el gas, encorbó el brazo izquierdo dóbló el derecho y se puso á tirar botonazos contra el tabique. Golpeaba con el pié, se animaba, hasta fingía tropezar con dificultades, gritando: «Estás, estás ah!» y su silueta se proyectaba en la pared, con su sombrero que parecía tocar en el techo. El cafetero decía de cuándo en cuándo: «Bravo; muy bien.» Su esposa lo admiraba también, aunque conmovida; y Teodoro, antiguo soldado, permanecía enclavado de embobamiento, viéndolo; porque era además fanático por el Sr. Regimbart.

Al día siguiente, temprano, corrió Federico al almacén de Dussardier. Después de una serie de piezas, todas llenas de telas metidas en anaqueles, ó extendidas de través sobre mesas, mientras que en algunos sitios perchas de made-

ra sostenían chales, lo percibió en una especie de caja enrejada, en medio de registros, y escribiendo de pié sobre un pupitre. El valiente muchacho dejó inmediatamente su trabajo.

Los padrinos llegaron antes del mediodía. Federico, por bien parecer, creyó que no debía asistir á la conferencia.

El barón y José declararon que se contentarían con las excusas más sencillas. Pero Regimbart, tenía por principio no ceder nunca, y quería defender al Sr. de Arnoux (Federico no le había hablado de otra cosa), pidió que el vizconde diera las satisfacciones. El Sr. de Comaing se indignó con la jactancia. El ciudadano no pensaba ceder. La conciliación se hizo imposible: se batirían.

Otras dificultades surgieron, porque la elección de armas legalmente correspondía á Cisy, como ofendido. Pero Regimbart sostuvo que, por el envío del cartel, se constituía en ofensor. Los padrinos afirmaron que un bofetón, era, sin embargo, la más cruel de las ofensas. El ciudadano discutió las palabras, puesto que un golpe no era un bofetón. Por último se decidió consultar el caso con militares y los cuatro padrinos salieron para celebrar la consulta con oficiales de un cuartel cualquiera.

Detuviéronse en el del muelle de Orsay. El Sr. de Comaing abordó á dos capitanes y les

expuso la cuestión. Los capitanes no comprendieron nada, embrollados con las frases incidentales del ciudadano; y aconsejaron á aquellos señores que escribieran el asunto, después de lo cual determinarían. Fuéronse entonces á un café, y hasta para hacer las cosas con la mayor discreción, designaron á Cisy por H, y á Federico por una K.

Luego volvieron al cuartel. Los oficiales habían salido; se presentaron á poco y declararon que evidentemente la elección de armas correspondía al Sr. H. Todos fueron á casa de Cisy. Regimbart y Dussardier se quedaron en la acera.

Cuando el vizconde conoció la solución, se turbó de tal manera, que hizo que se la repitieran muchas veces; y cuando el señor de Comaing llegó á las pretensiones de Regimbart, murmuró «sin embargo», no estando él lejos de aceptarlas.

Después se dejó caer en una butaca y declaró que no se batiría.

—¿Eh? ¿Cómo?—dijo el barón.

Entonces Cisy se entregó á un flujo labial desordenado. Quería batirse á trabuco, á quemarropa, con una sola pistola.

—O se pondrá arsénico en un vaso y se escogerá por suerte. Eso se hace algunas veces. ¡Lo he leído yo!

El barón, poco paciente de ordinario, le trató con dureza.

—Esos señores esperan la respuesta de usted. Esto es indecente á la verdad. ¿Qué elige usted, veamos: la espada?

El vizconde replicó «sí» por un movimiento de cabeza, y la cita se fijó para el día siguiente en la puerta Maillot, á las siete en punto.

Dussardier tenía precisión de volver á sus negocios y Regimbart fué á avisar á Federico.

Le habían dejado todo el día sin noticias, y su impaciencia se había hecho intolerable.

—Tanto mejor—exclamó.

El ciudadano quedó satisfecho de su actitud.

—¿Creerá usted que nos exigían excusas? Casi nada, una sola palabra. Pero yo les he enviado lindamente á paseo. Como debía, ¿no es verdad?

—Indudablemente—dijo Federico, aunque pensando que hubiera hecho mejor buscando otro padrino.

Después, cuando se encontró solo, repitió muy alto y muchas veces:

—Voy á batirme, calla, voy á batirme. Es preciso.

Y como al pasearse por el cuarto se detuviera delante de un espejo y apercibiera que estaba pálido, dijo:

—¿Tendré quizás miedo?

Una abominable angustia le sobrecogió á la idea de tener miedo sobre el terreno.

—Sin embargo, ¿si yo muriera? Mi padre fué muerto del mismo modo. Sí, me matarán.

Y de repente, vió á su madre vestida de negro; imágenes incoherentes se desenvolvieron en su cabeza. Le exasperó su propia cobardía, y se entregó á un paroxismo de bravura, á una sed carnífera. Un batallón no le habría hecho retroceder. Calmada la fiebre aquella, se sintió con alegría inquebrantable. Para distraerse, se fué á la Opera, donde había baile. Oyó la música, dirigió los gemelos á las bailarinas, y bebió un vaso de ponche en el entreacto.

Pero al entrar en su casa, la vista de su gabinete, desus muebles, donde quizás se encontraba por última vez, le produjo una cierta debilidad.

Bajó á su jardín. Las estrellas brillaban y las contempló. La idea de batirse por una mujer le agrandaba á sus ojos, le ennoblecía. Después fué á sentarse tranquilamente.

No fué para Cisy lo mismo. Luego que se marchó el barón, José había procurado animar su espíritu, y como el vizconde permaneciera frío, exclamó:

—Si es que prefieres, valiente mío, que las cosas queden así, iré á decirlo.

Cisy no se atrevió á decir «ciertamente»,

pero le disgustó que su primo no le prestara aquel servicio sin hablarle de él.

Deseaba que Federico se muriese durante la noche de un ataque de apoplejía, ó que se produjera una conmoción popular y hubiera por la mañana tantas barricadas que quedaran cerradas todas las entradas del bosque de Boloña, ó que algún acontecimiento impidiera á uno de los padrinos acudir al sitio, porque el duelo no tendría lugar á falta de testigos. Le dieron ganas de escapar por algún tren expreso, á cualquier parte. Lamentó no saber medicina para tomar algo que sin exponer su vida, hiciera crecer en su muerte. Y luego hasta desear ponerse gravemente enfermo.

Para oír un consejo, recibir algún auxilio, envió á buscar al Sr. des Aulnays. Pero el excelente hombre se había vuelto á Saintonge, por un telegrama en que le noticiaban la indisposición de una de sus hijas. Aquello pareció de mal augurio á Cisy. Felizmente el Sr. Vezou, su preceptor, vino á verle. Entonces se expansionó.

—¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?

—Yo en lugar de usted, señor conde, pagaría un ganapan para que le propinara una felpa.

—Siempre sabría la procedencia,—contestó Cisy.

Y de cuándo en cuándo lanzaba un gemido. Después añadió:

—¿Pero es que tiene uno derecho de batirse en desafío?

—Es un resto de barbarie ¿qué quiere usted?

Por complacencia, el pedagogo se invitó á sí propio á comer; su discípulo no probó bocado, y después de la comida, experimentó la necesidad de dar una vuelta.

Dijo, al pasar por delante de una iglesia:

—¡Si entráramos un momento... para ver!

El Sr. Vezou lo estimó oportuno y hasta le dió agua bendita.

Era el mes de María, las flores cubrían el altar, cantaban las voces y sonaba el órgano. Pero le fué imposible orar; porque las pompas de la religión le inspiraban ideas de funeral, oía como el murmullo del *De profundis*.

—Vámonos, no me encuentro bien.

Toda la noche la emplearon en jugar á las cartas. El vizconde se esforzaba en perder, para conjurar la mala suerte, cosa de que se aprovechó el Sr. Vezou. En fin, al amanecer, Cisy que ya no podía más, se echó sobre la alfombra y tuvo un sueño lleno de pesadillas desagradables.

Si el valor, sin embargo, consiste en querer dominar la debilidad, el vizconde fué valeroso, porque á la vista de sus padrinos, que vinieron á buscarle, se irguió con todas sus fuerzas, porque la vanidad le hizo comprender que un re-

troceso le perdía. El Sr. de Comaing le cumplimentó por su buen semblante.

Pero en el camino, el balanceo del coche y el calor del sol matinal le enervaron. Su energía cayó, y ni aun distinguía dónde estaban.

El barón se divirtió en aumentar su terror, hablando del «cadáver» y de la manera de entrarlo en la villa, clandestinamente. José replicaba; ambos juzgando el asunto ridículo, estaban persuadidos de que se arreglaría.

Cisy llevaba la cabeza sobre el pecho; la levantó nuevamente é hizo observar que no habían traído médico.

—Es inútil—dijo el barón.

—¿Entonces es que no hay peligro?

José contestó con gravedad:

—Es de esperar.

Y nadie habló más en el coche.

A las siete y diez minutos llegaron á la puerta Maillot. Federico y sus padrinos estaban allí, los tres vestidos de negro. Regimbart, en vez de corbata, tenía un corbatín como el de los soldados y una especie de caja de violón, especial para aquel género de aventuras. Se cambió un saludo frío, y después penetraron todos en el bosque de Boloña, por el camino de Madrid, para encontrar allí un sitio conveniente.

Regimbart dijo á Federico, que iba entre él y Dussardier: